



INTRODUCCIÓN

Libro: *Caminos Reales de Colombia*, Directores del proyecto: Pilar Moreno de Ángel, Jorge Orlando Melo González. Editor Académico: Mariano /Useche Losada. Pg. 281 En las totoras de la Cocha, Nariño. Grabado de E. Bayard, sobre el viaje de Edourd André de Popayán a Pasto en 1875-1876 (Tomado de: *Geografía Pintoresca de Colombia en 1868*, recopilación dirigida por Eduardo Acevedo Latorre, Litografía Arco, Bogotá, 1968. Biblioteca particular de Pilar Moreno de Ángel).

INTRODUCCIÓN

Germán A. Palacio Castañeda*

ARGUMENTO, CONCEPTOS Y FUENTES

Este texto se concentra en un periodo de transformación ambiental en Colombia que transcurre entre 1850 y 1930. Comienza en un momento en que la elite poscolonial dominante intentó dejar atrás los fardos de la herencia colonial, sobreponerse a la desorganización económica heredada de las guerras de independencia, reconstruir sus relaciones con Europa y vincularse de nuevo al mercado internacional con el propósito de “civilizar” este país tropical. Termina en otro, en que las elites deciden probar un nuevo proceso de industrialización que acabará generando una urbanización y transformación ambiental más rotunda y decisiva. He encontrado que, a pesar de variados intentos para realizar transformaciones materiales del paisaje colombiano, muchos de los cambios más sustanciales estuvieron localizados y circunscritos a la región andina y, en un segundo y relegado lugar, a la región Caribe. En contraste, en la región amazónica, por sólo mencionar un caso, los cambios consistieron en disrupción social y estancamiento o disminución demográfica sin que haya ocurrido un proceso de deforestación de consideración. En una mirada al conjunto del territorio colombiano en esta época, los cambios del paisaje fueron principalmente simbólicos y consistieron en reorganización territorial y transformaciones en los imaginarios [cfr. mapas 1 y 2].

Debido a que hemos sido entrenados para pensar en términos de oposiciones binarias entre lo físico y lo simbólico; lo real y lo ideal; la naturaleza y la cultura; las ciencias naturales y las humanidades, desembarazarse de tales dualidades a veces puede generar malentendidos. Si en este texto se mantiene este convencionalismo, en realidad esas oposiciones son pensadas como conceptos interconectados e interactivos, además de históricamente fabricados.

* Profesor titular, Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia.

A pesar de su perspectiva interdisciplinaria, frecuentemente los estudios ambientales quedan atrapados en estas dualidades cuando son reducidos al campo de la biología. Aquí se trata de evitar ese determinismo. Bajo estas condiciones, preocupaciones espaciales y simbólicas son de especial interés. De un lado, esta investigación distingue entre paisaje y territorio de una manera diferente a como lo hacen algunos geólogos y geógrafos colombianos.¹ Generalmente ellos usan paisaje como geografía física, lo que implica una especie de geografía sin intervención humana. Debido a que el paisaje en sí mismo es una forma de ver, particularmente desarrollada desde la época del Renacimiento con el descubrimiento de la perspectiva (Serje, 2001, pp. 175-191), asumo que ambos, paisaje y territorio, incluyen presencia humana, pero propongo que el territorio es un paisaje politizado. La diferencia entre los dos conceptos es algo más que un asunto de énfasis.

De otro lado, este texto usa conceptos tales como tropicalidad y civilización, que son próximos a las preocupaciones ambientales (Fernández-Armesto, 2002). Estos dos términos están históricamente imbricados desde la época de la Ilustración cuando el barón de Montesquieu declaró que la civilización no podía florecer en los trópicos. Exploro el impacto de este prejuicio eurocéntrico pero lo específico, consciente de que Colombia no es simplemente un país tropical, como lo son México o Perú, sino intertropical ya que está cruzado por el Ecuador. Contrasto los cambios simbólicos con transformaciones materiales para mostrar que el cambio ambiental en buena parte del país durante el periodo en estudio no implicó la destrucción de bosque sino en aquellas regiones andinas ya mencionadas. Se trató más de un discurso liberal o progresista que sólo en algunos casos fue aplicado con resultados materiales concretos. Esto no quiere decir que ningún cambio de tipo material ocurrió como se muestra en algún capítulo. Más adelante también se verá que las transformaciones simbólicas llegan a ser, más que retórica, un discurso, en el sentido foucaultiano, de tal manera que implican cambios en los hechos.

Los símbolos tienen una eficacia práctica. Por ejemplo, en este estudio los cambios simbólicos implicaron la construcción de un sistema legal para apropiar las tierras fronterizas; una negociación que se proyectó en la construcción de las fronteras del país; una organización territorial que se concentró en las divisiones territoriales aledañas al río Magdalena, olvidando buena parte del resto del país; un imaginario que construyó un esquema para preparar cambios futuros, entre otros. Un ejemplo muy cercano a los colombianos toca con el éxito cafetero en las tierras de mediana altitud de

¹ Por ejemplo, Pedro Botero como un importante geólogo, y Camilo Domínguez como geógrafo. Entrevista realizada por el autor. Leticia, Amazonas, Colombia, febrero de 2002.

fin del siglo XIX y comienzos del XX, que estructuró un estereotipo de Colombia. Esto implicó una simplificación que oculta otras realidades de lo que es el territorio colombiano, que condujo a simplificar al país como la tierra de "Juan Valdés". Éste es uno de los poderes de la transformación simbólica que genera un juego particular entre lo que está en la superficie y lo que se oculta en la sombra. Sin embargo, no es lo mismo cambiar el paisaje existente que establecer imágenes de lo que idealmente debería ser; o dibujar mapas y fronteras sin controlar el territorio; o hablar de progreso y civilización sin producir cambios materiales en la vegetación.

Mientras que los ambientalistas se han concentrado en el análisis de la metáfora del "desarrollo", este trabajo se concentra en una metáfora antecesora cual es la de "civilización", aunque su uso se remonta a la llegada de los españoles cuando sus connotaciones principales estaban asociadas a la cristianización y la agrupación en poblados. Desde el siglo XVIII, y durante el siglo XIX, este significado se amplió o modificó hacia asuntos climáticos; además implicó sedentarización por urbanización y desarrollo de la agricultura; derecho moderno y propiedad privada; instituciones estatales; supresión del bosque natural por bosques cultivados; procesos de individualización; construcción de infraestructura tal como carreteras y ferrocarriles; desarrollo tecnológico, ciencia y educación formal, entre otros factores. Además, la idea de civilización se contrastó con las de "barbarie" y "salvajismo", en el caso latinoamericano en el siglo XIX, en los términos formulados por Domingo Sarmiento (1988).

Otra contribución de este trabajo es la presentación de tres estudios regionales para ilustrar mi argumento. En consecuencia, desarrollo tres capítulos sobre la región del Caquetá que es el nombre que tenía la Amazonia colombiana durante el siglo XIX. De hecho, esta concentración en la región amazónica se distancia de las corrientes dominantes de la historiografía colombiana dedicadas en primer lugar al estudio de la región andina, y en un segundo y rezagado lugar al estudio del Caribe.² Hay importantes estudios regionales sobre la Amazonia, tales como los trabajos de Camilo Domínguez, Augusto Gómez, Roberto Pineda y otros, que nos hacen conscientes de sus conexiones con el mercado internacional, con el impacto social de la economía extractiva y los métodos sanguinarios del capitalismo salvaje (Domínguez y Gómez, 1990; Pineda, 2001). Reconociendo este lazo con la economía mundial, redirecciono este interés hacia el contexto nacional tratando de debilitar la idea de que la región amazónica colombiana es sólo una anomalía en la historia de Colombia que no merece ser tenida en cuenta. Aspiro a complementar la visión de los colombianos sobre su historia de una manera en que la región amazónica tenga también su lugar

² Dos de los más importantes son Orlando Fals Borda (1979) y Eduardo Posada-Carbó (1996).

como parte constitutiva de esa historia nacional, lo cual es una forma de colocar "patas arriba" la historia de Colombia. Desde que aceptamos que la unidad nacional y el mercado interno se lograron con la economía cafetera "olvidamos" el resto del territorio que, desde este punto de vista, poco importa.

Presento brevemente otras dos regiones como casos de contraste y control, por lo cual no me extiendo en ellas. Primero Cundinamarca, localizada en el corazón de los Andes colombianos, centro de la autoridad colonial y lugar donde los criollos confirmaron la capital del país. Además, presento el Valle del Cauca, con epicentro en Cali y Palmira, como una especie de ejemplo intermedio entre el caso del Caquetá y el de Cundinamarca. Todas estas regiones confrontaron un desafío similar que era conectarse al mercado internacional. Se trata de regiones que no están localizadas en las costas sino en zonas interiores.

En este texto utilizo varios relatos de viajero y viajeras, descripciones corográficas y mapas, además de documentos y fuentes primarias principalmente de la elite letrada. He revisado el Archivo General de la Nación (AGN), especialmente el Fondo de Baldíos y el Fondo Cora (Legrand, 1988). Cuando revisaba el Fondo Cora, que contiene los documentos del coronel italiano Agustín Codazzi y sus colegas de la Comisión Corográfica, los científicos sociales Augusto Gómez, Camilo Domínguez y Guido Barona empezaron a publicar varias de las descripciones regionales de dicha Comisión.³ Adicionalmente, tuve la oportunidad de leer el archivo de Santiago Eder que reposa en la Universidad de Miami y que es de interés para entender parcialmente la historia del Valle del Cauca.

También utilicé tres tipos de narraciones literarias de la época, particularmente una crónica, *Trabajadores de tierra caliente* para Cundinamarca, *María* para el Valle del Cauca y *La Vorágine* para la región amazónica. Aunque algunos científicos sociales muy objetivistas puedan experimentar un rechazo instintivo hacia este tipo de fuentes, pienso que ellas aportan elementos de gran valor para mi argumentación en la medida en que permiten detectar el cambio simbólico del paisaje. Se trata de que, en buena medida, la transformación ambiental de este periodo fue un cambio en la forma de ver, es decir, en los imaginarios (Cosgrove, 1984).

Como es común para los geógrafos, no tanto para los historiadores que sobrevaloran los archivos, armé mis corotos de viajero para reconocer el paisaje que necesitaba colocar bajo los lentes de la historia. Visité los caminos que conducen de la sabana de Bogotá al río Magdalena recordando mi infancia, cuando solíamos salir con la familia y los amigos a visitar la "tie-

³ Véase Agustín Codazzi (1996). Han sido publicados cuatro de ocho volúmenes.

rra caliente". Viajé también varias veces entre el maravilloso, fértil y colorido valle donde queda localizado Cali y el nublado puerto afrocolombiano de Buenaventura. Quisiera hacer unos comentarios específicos sobre mi experiencia en el Amazonas.

Entre febrero de 2001 y julio de 2002, con pequeñas interrupciones y desplazamientos por la región, viví en Leticia, sobre el río Amazonas. Leticia es, junto con sus vecinos Tabatinga y Santa Rosa, pasando el río, el punto de encuentro de la expansión de tres Estados-naciones durante la segunda parte del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX. Lejos de haber llegado a un acuerdo armonioso, el encuentro de estos Estados generó conflictos que, eventualmente, se tornaron en un breve choque armado entre Perú y Colombia, pero en todo caso, a costa de las tierras y la organización social de varios pueblos indígenas, principalmente ticunas, huitotos, cocamas, yaguas, ocainas y otros que residen en la región. En el proceso de aprendizaje de los avatares de esta vaporosa zona de frontera, tuve también que aprender algunas cosas de la expansión portuguesa y brasilera en la Amazonia, río abajo. Además, tuve que aprender algo de la historia republicana del Perú, la más exitosa experiencia de un Estado hispanoamericano en la Amazonia, una región que fue principalmente arrebatada a los nativos y colonizada por el imperio brasileiro.

Tratando de hacer menos evidente mi ignorancia sobre los países vecinos de Colombia, visité Manaus y Belém do Pará para tener una idea de la transformación del paisaje bajo el poder de estas dos impresionantes ciudades que hoy en día tienen, la primera, una población parecida a la de Medellín o Cali, y la segunda, mayor que Barranquilla, en medio de la selva. Belém y Manaus tienen una historia importante que se retrotrae al pasado colonial, pero son especialmente famosas por la edad "dorada" del caucho o "borracha" como lo llaman los brasileiros, desde fines del siglo XIX.

También visité Iquitos, el puerto peruano más importante en el Amazonas, y una populosa ciudad con una población de varios cientos de miles de habitantes. Allí perdí la oportunidad de revisar la colección municipal para comprender mejor las versiones peruanas durante el periodo del caucho debido a un incendio que ocurrió a comienzos de 1990. Sin embargo, pude leer la *Monumenta Amazónica* que es el esfuerzo más importante para coleccionar y publicar las fuentes primarias de la cuenca andino-amazónica. Además, tuve la ocasión de leer la historiografía peruana y algunos documentos primarios que se conservan en varias de las buenas bibliotecas de Iquitos sobre la región amazónica, tratando de evitar una posición chovinista colombiana o peruana.

Las voces de los indígenas amazónicos son difíciles de escuchar en este periodo debido a que las misiones religiosas que normalmente están atentas a coleccionar y registrar aspectos etnográficos y lenguas indígenas sólo

regresaron a la región del Alto Putumayo, y no exactamente a las zonas del caucho, al final del siglo XIX y empezaron a actuar a comienzos del siglo XX. En efecto, todas las misiones localizadas en la cuenca amazónica colombiana colapsaron a fin del siglo XVIII, y las guerras de Independencia rompieron las conexiones sistemáticas o institucionales entre los Andes y la Amazonia. Un siglo más tarde, la orden religiosa capuchina de Cataluña regresó a la región del Alto Putumayo invitada por el gobierno colombiano que había sido incapaz de controlar estas regiones fronterizas. Se dice que después del estudio crítico de Víctor Daniel Bonilla sobre el papel de los misioneros en la región de Sibundoy, los capuchinos recogieron sus archivos y los trasladaron a Barcelona. Así, las voces indígenas en la Amazonia sólo pueden ser escuchadas más avanzado el siglo XX, a través de misioneros y antropólogos que recolectan una mitología que a veces parece ahistórica. La historia de "abajo hacia arriba" no es sólo un asunto de buena voluntad.

HISTORIOGRAFÍA⁴

Novedad y dispersión pueden ser considerados como los dos obstáculos principales para una historia ambiental de Colombia. Sin embargo, hay trabajos suficientes para buscar inspiración y sortear esta dificultad. Muchos textos históricos producidos para otros países o en otras subdisciplinas de la historia pueden ser leídos creativamente. Parte de los problemas pueden ser considerados un asunto de interpretación y clasificación. Para poner sólo un ejemplo, se puede decir que el texto de Mauricio Nieto, *Remedios para el Imperio*, que es presentado como historia de la ciencia, puede ser releído creativamente como historia ambiental (Nieto, 2000). También textos bien conocidos, como por ejemplo, *Os Sertões* de Euclides da Cunha (1991), libros como los de Gilberto Freire (1937), o *La historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda (1979) pueden ser leídos bajo los lentes de la historia ambiental. La brasilera Lise Sedrez (2003, p. 100) y otros colegas de Estados Unidos han colocado en la red más de cuatrocientos títulos compatibles con la empresa que apunta a elaborar una historia ambiental latinoamericana.

Hay unos tópicos básicos que se pueden extraer de la historiografía de América acerca del contacto y choque con los europeos, la historia del "Nuevo Mundo". El primer tema tiene que ver con el cambio demográfico de América, tanto en términos del colapso demográfico de la población indígena como del reemplazo, complemento o mestizaje producto de la llegada de

⁴ Una historiografía más amplia ha sido publicada en Alberto Flórez Malagón (1988). También Lise Sedrez, Germán Palacio y Christian Brannstrom y Stefania Gallini (2003).

Europeos y de africanos, o mejor, de lo que Alfred Crosby llama la "biota mixta", es decir, el combate entre europeos junto con sus animales, plantas, malas yerbas y enfermedades contra unos nativos con su respectiva biota. Lo anterior también implica que América no era una naturaleza prístina o intocada por el género humano, como a veces sueñan algunos preservacionistas a ultranza, sino un territorio bastante transformado, empobrecido y enriquecido por la acción humana (Crosby, 1972; Stern, 1995).

La idea de una naturaleza prístina tiene un correlato sobre el cual hay que ser consciente (Denevan, 1992). Se trata de la visión romántica que tuvo en Cristóbal Colón su precursor con la descripción del paisaje caribeño y de unos indios ingenuos que conducía a pensar que América era un Edén. Michele de Montaigne primero en Brasil, y luego Jean Jacques Rousseau reforzaron este imaginario pintando a los indios como "nobles salvajes" inmersos en una naturaleza virgen. Esta imagen fue reforzada, en parte, sobre todo en el aspecto "natural", por la visión cósmica de Alexander von Humboldt sobre la naturaleza de América tropical. Es particularmente relevante para este trabajo notar que la idea de una naturaleza prístina es pariente de una metáfora muy común en América Latina que considera a las tierras baldías como "desiertos" durante el siglo XIX, como veremos más adelante. A través de esta metáfora extensos territorios fueron simbólicamente desocupados, los indígenas retóricamente expropiados, y quedaron entonces dispuestos estos dilatados espacios a procesos de apropiación privada.⁵

A pesar de las notorias diferencias de América Latina con Norte América hay varios aspectos de esa historiografía que no deben descuidarse y que permiten un fructífero intercambio con los colegas dedicados a hacer la historia ambiental de Norteamérica. Por ejemplo, William Cronon presenta la transformación histórica de Nueva Inglaterra producida por el choque entre nativos y colonos ingleses. La clave para entender este proceso hay que buscarla en términos de los enfrentados sistemas de propiedad. Mientras que los nativos americanos se basaban en actividades de cacería, recolección y horticultura móvil, los ingleses practicaban una agricultura sedentaria que entendían como la justificación para la apropiación privada de la tierra, su mercantilización y la construcción de cercas que, a diferencia de los pueblos indígenas, separaban tajantemente a los animales domésticos de los silvestres (Cronon, 1983). El otro tópico de contacto fundamental entre latinoamericanos y norteamericanos es el tema de la "frontera" durante el siglo XIX. En contraste con el mito norteamericano

⁵ Véase Germán Palacio, "Law as a Devise for Material and Symbolic Transformations", en "Civilizing the Tropics: The Highlanders Failed Attempt to Transform the Colombian Amazon, 1850-1930". Disertación para optar por el Doctorado en Historia en Florida International University, Miami, 2003.

de la frontera, los colombianos no desarrollamos ninguna visión celebratoria, con excepción de la llamada colonización antioqueña. El caso brasileiro es, probablemente, más parecido al norteamericano.

La historiografía ambiental latinoamericana también está creciendo. Ya mencioné el caso de la bibliografía organizada por Lise Sedrez y otros colegas de Stanford University.⁶ En agosto de 2001 fue organizado un congreso internacional, producto del cual se han publicado dos libros: uno específico sobre historia ambiental y otro sobre discusiones a propósito del tema de la interdisciplinariedad entre historiadores, geógrafos y antropólogos (Palacio, 2001; Palacio y Ulloa, 2002). De allí se creó el grupo de investigación en historia, ambiente y política fusionando la historia ambiental con la ecología política. En Panamá, en marzo de 2003, el argentino Héctor Alimonda y el panameño Guillermo Castro-Herrera, a nombre del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), organizaron un panel sobre historia ambiental dentro del grupo de investigación de ecología y política. En julio de 2003, durante el Congreso de Americanistas en Santiago de Chile, se organizó un simposio sobre este mismo tópico con participación de académicos de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Italia, México, Panamá, España y Estados Unidos. El campo ha despegado en un efervescente proceso creativo.

Vale la pena resaltar algunos tópicos comunes de esta literatura en cuanto están conectados con el presente texto. Por ejemplo, la idea de verticalidad, desarrollada por John Murra quien propone que la alta productividad de las economías andinas al tiempo de la conquista depende no de una sola región sino de su integración vertical (Murra, 1985, p. 49). La importancia de la verticalidad para el clima y la distribución de la vegetación fue algo que también le reveló Humboldt a sus contemporáneos europeos sobre América tropical. Para este texto el punto es que la integración vertical es indispensable a fin de lograr integración nacional, particularmente en el área andina (Stern, 1982; Spalding, 1984).

Otro punto es el concepto de neo-Europa desarrollado por Crosby. Propone que en el largo tiempo de contacto entre Europa y América se produce una especie de fenómeno que llama "imperialismo ecológico". Además del intercambio del contacto entre europeos y nativos, la importación de europeos a las regiones templadas de América durante el siglo XIX acabó por cambiar estos ecosistemas de tal manera que en países tales como Estados Unidos, Argentina o Uruguay se construyeron ecosistemas similares a los europeos. En apariencia, esta noción no tiene nada que ver con un país intertropical como Colombia. Sin embargo, los altiplanos colombianos son

⁶ Véase <<http://www.stanford.edu/lisedrez/biblio/html>>

parecidos a los paisajes “templados”. Es curioso que James Parsons comenzó su famoso libro sobre la colonización antioqueña anunciando las realizaciones de unos “yanquis” de suramérica, provenientes de tierras templadas, refiriéndose ambiguamente a “*temperate*”, es decir, los climas estacionales del hemisferio norte (Parsons, 1979). Los habitantes de algunas regiones de clima frío se sintieron más europeos que sus paisanos de tierra caliente y con ello, más civilizados.

Otros libros sobre América Latina también traen ideas interesantes que sirven de referencia para este trabajo. En *Race, Place and Medicine. The Idea of the Tropics in Nineteenth Century Brazilian Medicine*, Julian J. Peard se pregunta cómo los latinoamericanos resistieron las nociones eurocentristas sobre el trópico, y muestra que durante el siglo XIX un grupo de médicos de Salvador de Bahía desarrollaron un punto de vista “tropicalista”. Aunque ellos creían en la ciencia, trataron de fomentar una medicina producida en el trópico para ser aplicada en los trópicos. Éstos no eran malsanos en sí mismos como consideraban las teorías higienistas eurocentristas reproducidas en este subcontinente (Peard, 1999, p. 5). Esta idea de trópico permitía constituir una identidad nacional endógena, como celebra la canción: “Brasil, un país tropical”.

La experiencia de la conquista de la frontera en el siglo XIX y parte del XX por otros países latinoamericanos es también aleccionadora. Hubo elementos militares y civiles, digámoslo así. Como en Estados Unidos, la dimensión militar tuvo una gran incidencia en algunos de ellos. Por ejemplo, Fernando Ramírez ha documentado la expansión chilena en la frontera del sur durante el siglo XIX como un proceso de destrucción no sólo del bosque sino de los indios araucanos. La expansión de la capacidad del Estado chileno para controlar y civilizar nuevos territorios no buscó el desarrollo de la industria maderera sino el intento de expandir el territorio, eliminar a los indios y con ello civilizar al país (Ramírez, 2003). Dimensiones no militares también son importantes. Stefania Gallini (2003, 2002) muestra que los agrimensores fueron un componente complementario de importancia para la apropiación jurídica de tierras como lo documenta para el caso de los cultivadores de café en Guatemala.

David Arnold (2002), en un texto que sintetiza la preocupación por la historia ambiental, presentó la forma como los europeos contrastaron sus tierras templadas (*temperate*) con el trópico. Mientras para Cristóbal Colón era una especie de Edén, y a comienzos del siglo XIX Humboldt celebraba la exuberante naturaleza tropical, avanzado este siglo el trópico fue visto como una tierra de enfermedades, gente perezosa, regiones salvajes y nativos caníbales. El caso amazónico muestra otro cambio: de un “El Dorado”, basado en su supuesta pero no probada fertilidad, acabó encajando en la misma peyorativa simplificación o tergiversación.

El dilema de Argentina en la versión de Domingo Sarmiento sobre barbarismo frente a civilización, bien conocido para la elite latinoamericana, puede ser vinculado a la idea eurocéntrica de los trópicos, aunque fue a comienzos del siglo XX que Ellsworth Huntington (1971) presentó en formato científico y sistemático la relación entre civilización y climas tropicales "probando" que no son apropiados para altas civilizaciones. Terminando el periodo en estudio, a fines de 1920 en el ámbito nacional, Laureano Gómez y Luis López de Mesa fueron protagonistas de un debate que tuvo secuelas en décadas posteriores (Gómez, 1970). Ambos, con posiciones que lindan con el determinismo geográfico o ambiental, plantearon puntos de vista opuestos. Para Gómez, Colombia no tenía mucho futuro, a juzgar por la raza y los suelos que conforman su población y territorio. López de Mesa, en cambio, pensaba que la colonización antioqueña había dado lugar al surgimiento de una cultura propiamente colombiana: la civilización de vertiente (López de Mesa, 1936, 1996).

Desde la década de los sesenta, la "nueva historia" rechazó las interpretaciones que reducían la historia a los héroes nacionales e introdujo interpretaciones económicas y sociales, algunas de ellas influidas por visiones marxistas. Las visiones racistas o deterministas, ambientales o geográficas, fueron rechazadas. Más bien los problemas relevantes fueron los de la modernización y el desarrollo planteados como el atraso económico y social. En la sombra, por un tiempo, las discusiones internacionales durante las dos décadas que van de la Conferencia de Estocolmo sobre Hábitat Humano y la Cumbre de la Tierra en Río entre 1971 y 1992 fomentaron un debate nacional en materias ambientales. Nuevos movimientos sociales de corte "verde" le dieron a la discusión un estatus político y creció la conciencia del público acerca de la importancia del tema. La discusión histórica debe responder a la preocupación de reintroducir la reflexión sobre el ambiente evitando el determinismo ambiental.

ESTRUCTURA

Este texto, en un primer capítulo que sirve de antecedente y revisión general, parte de una idea interesante del cronista español Pedro Cieza de León, quien llegó como aventurero a Antioquía y Popayán durante el siglo XVI, pero durante la lucha sangrienta entre almagristas y pizarristas en el Perú, se unió a las fuerzas leales a la Corona y posteriormente se convirtió en el cronista oficial de la historia de Perú. Propongo que la conquista y colonización de Perú y Colombia fueron muy diferentes por razones ambientales, entendidas como interacción entre naturaleza y sociedad, y que la organización territorial de Perú y Colombia republicanas pueden ser mejor captadas reconociendo las complejas especificidades históricamente constituidas de Perú tropical y Colombia intertropical.

En un segundo capítulo apporto reflexiones que sirven para construir una ecología política de la época, en perspectiva histórica. Las dos orientaciones políticas que dominaron el escenario nacional, -liberales y conservadores- enfrentaron la transformación mencionada con estrategias diversas. Mientras los liberales, primero, promovieron la libertad de explotación de bosques, luego los conservadores la limitaron. Su propósito, sin embargo, no fue “ambiental” o conservacionista, sino apuntó a defender una fuente de ingresos estatales. Una reflexión de las elites sobre la frontera fue punto de referencia obligado para explicarse éxitos y fracasos del propósito orientado a domesticar y civilizar la tierra caliente.

En la segunda parte me concentro en estudios regionales. El primer capítulo presenta los casos de Cundinamarca y el Valle del Cauca. Con el caso de Cundinamarca se muestra que, a pesar de que mi argumento principal es que el cambio ambiental considerado como un todo fue principalmente simbólico, la ruta desde Bogotá al Magdalena es el caso opuesto. Así, en ese descenso tuvieron lugar cambios visibles impulsados por el cultivo del añil, el tabaco, la caña y el café, entre otros, y por la construcción de caminos y ferrocarriles. El caso del Valle del Cauca es diferente en el sentido en que los vallunos transformaron su paisaje tradicional lentamente, en un proceso que sólo se aceleró desde 1915 cuando lograron terminar la carretera y el ferrocarril que conduce de Cali a Buenaventura sorteando el obstáculo formidable de la cordillera. La apertura del canal de Panamá en esta misma fecha permitió la transformación del paisaje del Valle del Cauca en una región modernizada de monocultivo de caña. En el caso de Cundinamarca, el punto de partida, el de llegada y la ruta que los une fueron sensiblemente transformados. En el caso del Valle se construyó un corredor, lo cual no implicó la transformación material de las selvas que separan el punto de partida y el de llegada.

Los capítulos siguientes apoyan el argumento principal de este trabajo. Muestran cómo los colombianos procedentes de los Andes fracasaron en el intento de transformar materialmente esta región conocida en la época como Caquetá. Ellos no generaron una transformación profunda del paisaje, a pesar de la bonanza de la quina durante la década de los setenta del siglo XIX, ni después durante el apogeo al caucho. La historia económica colombiana, concentrada en los Andes, considera este periodo como un fracaso económico pero no explica por qué, a pesar de este aparente fracaso, se dio una transformación visible del paisaje en lugares localizados de la zona andina pero no de la región amazónica. Así, los cambios ambientales que de hecho existen no pueden ser tan fácilmente detectados en esta última región, ni siquiera con los sofisticados sistemas de información geográfica contemporáneos cuando se trata sólo de mirar la deforestación. Ellos más bien pueden ser detectados en el terreno y consisten, además del tra-

bajo de los pueblos indígenas que lo habitan, en disrupción social, desplazamiento forzado y colapso demográfico que hace recordar los primeros tiempos de la conquista ibérica. La transformación ambiental más importante es de corte simbólico, tanto espacial como ideológico: al final del periodo el gobierno colombiano obtuvo una configuración territorial más precisa y definitiva en términos de fronteras externas y divisiones político-administrativas tal como se observa en los mapas políticos. El paisaje no cambió mucho; cambió el territorio.

Los cambios en el paisaje, cuando se considera el país como un todo, fueron principalmente simbólicos. Tratados y leyes, mapas e imaginarios fueron expresiones de éstos, los cuales no pueden ser considerados cambios materiales como tal. Esto no quiere decir que los cambios simbólicos no tienen efectos materiales. Si desde 1850 se pensó en el territorio del Caquetá como una especie de El Dorado, en la década de los veinte este sueño se convirtió en pesadilla cuando la Amazonia se convirtió para los colombianos no amazónicos en un "infierno verde".

Aunque algunos de los conceptos que aquí se utilizan, tales como tropicalidad, parecen hacer parte de un arsenal de conceptos "objetivos" de la geografía física, se usan en la forma como han sido hilvanados histórica y socialmente en términos de la relación entre los seres humanos y el resto de la naturaleza. Por ejemplo, este trabajo revisa los problemas y las dificultades del intento de transformar a un país tropical en una especie de "neo-Europa" civilizada. Aunque se concentra en Colombia, su intención no es simplemente hacer historia nacional sino una historia "excéntrica" en contraste tanto con la historia eurocéntrica como con la colombiana cuyo centro son los Andes. Le dedica entonces bastante energía a la expansión de la frontera.

Llamar los capítulos amazónicos la "historia del fracaso" requiere una explicación adicional. Que los bosques no hayan sido talados de manera significativa y ni abiertos al cultivo y la urbanización implica que la gente proveniente de los Andes fracasó en "civilizar" la región amazónica. Si tomamos esta afirmación desde el otro lado de la moneda, se podría decir que los "bosquesinos" y los bosques mismos resistieron y sobrevivieron los ataques de las fuerzas civilizadoras, lo cual es otra forma de decir que ellos fueron vencedores en esa pequeña y sufrida pero significativa historia.⁷

⁷ En el título del texto se utiliza el neologismo "bosquesino", de raigambre más sociológica, en lugar de conceptos étnicos de corte antropológico. Lo he tomado prestado de escritos recientes de Jurg Gasché, primero y de Juan Álvaro Echeverri, después, quienes desarrollan un proyecto de investigación en la Amazonia colombo-peruana.